

# La mujer del Otro (o el mito de la pareja)

*Alfredo Moguel\**

Hemos escuchado constantemente que: "la suma de las partes no es el todo". El presente trabajo trata de aplicar dicha concepción a la relación existente dentro de la cultura, entre dos o más seres humanos; lo que tradicionalmente hemos llamado "pareja". Relación y concepto que cambia y ha cambiado, a lo largo del tiempo (historia) y del espacio (geografía). Sin embargo en nuestro ámbito cultural -este nuestro occidente moderno o posmoderno- lo que conocemos como "el presente" o para otros el "aquí y el ahora", la imagen de la pareja normal, es la de la relación entre un hombre y una mujer, apareciendo normal que el varón sea un poco mayor que su mujer, que se hayan dividido las tareas a desarrollar, quedando por lo general lo "activo" del lado del varón y lo "pasivo" del de la mujer. Esto es a grandes rasgos lo que entendemos como la pareja normal y hasta deseable por prácticamente todos nosotros. Encontramos además los aspectos legales y/o de legitimidad como es el matrimonio en cada una de dichas culturas.

\* Profesor de psicología en la UAM-X y pedagogía y arte dramático en la UNAM. Maestro en psicología clínica.

Ahora bien, a la luz de las investigaciones psicoanalíticas a los ya 100 años de iniciadas, desde los primeros estudios freudianos sobre la sexualidad femenina o de la histeria, y de los estudios más recientes sobre la estructura del sujeto del inconsciente, se puede hablar un poco más sobre ese "síntoma", tanto social como individual que conocemos bajo el nombre de "pareja".

Uno de los mitos -y por lo tanto fantasía imaginarizada- mas arraigados en nuestra cultura, es el de: **EL** los hizo hombre y mujer, los creó "tal para cual". Esto es lo que encontramos en las sagradas escrituras, que **Yahweh**, en el sexto día de su creación, crea el hombre, al varón a su imagen y semejanza; contempla su obra y encuentra que es "buena". Sin embargo poco tiempo después -necesariamente después- se percata de que a pesar de que ha rodeado a **Ish**, el hombre, de toda buena naturaleza hay algo que *hace falta* que **Ish** (Adán), quien aún no se llama así, pues aún no ha sido nombrado, se encuentra *solo* y que éste no es *bueno*, así que decide ampliar su obra, y concibe a la mujer **Ishshahi**, la varona, esto según palabras del Génesis. Y vio su obra y vio que era buena.

Y después de entregarle al hombre esta mujer como compañía, les deja bajo el libre albedrío en el jardín del Edén. Usamos este mito-fantasma, fantasía-dogma, para introducirnos de lleno a la hipótesis a desarrollar en este trabajo: "La pareja no existe más que como mito: ya que la mujer es siempre del Otro". Como podemos darnos cuenta, de entrada, en la relación de los después llamados Adán y Eva (nuestros padres primordiales), se encuentra incluido ya un tercero, **Yahweh** o para otros **Jehova, El Señor**; y es más, es él quien hace el primer arreglo matrimonial, y sin los designios o deseos de él no hubiera sido posible esa primera pareja mítica. Pero volvamos a la escena y al escenario. **Yahweh**, después de privar a Adán de una de sus costillas. le hace entrega de la nueva creación: Eva. Ambos "miran" con beneplácito el suceso y se hacen el uno del otro. **Yahweh**, les dice que él -Adán- se conocerá a través de ella -Eva- y que ella lo hará a través de él. Detengámonos un poco aquí para ver cómo Eva es "entregada" a Adán en calidad de objeto -no en forma despectiva- sino como objeto de gratificación, de satisfacción, es decir: como compañera. Adán la recibe en calidad de obsequio por parte de **Jehova**; lo que es decir que hay un pasaje en la posesión de Eva, "antes" no era de Adán, ya que este se encontraba solo, pero **El Señor**

decide "completarlo" y le da a Eva y ésta que antes no era, ahora deviene en la mujer de Adán, ésto a través de la intervención de cierto Rito, que por otro lado sigue repitiéndose prácticamente en todas las culturas de nuestro tiempo y en las de la antigüedad; un hombre, un sacerdote, un juez, en realidad un otro, hace entrega de la mujer al futuro marido, el que la recibe, bajo condición de cuidarla y respetarla así como de amarla.

Y es ahí donde radica el problema, ya que ¿cómo va a hacerle Adán para poder amar a ese personaje que le es entregado -impuesto- en calidad de objeto de amor y compañía? ¿cómo va a hacer para amar a Eva si ésta en realidad le pertenece en primera instancia a Jehova? le pertenece ya que EL fue el creador de los dos, el creador de todo lo que les rodea, e incluso, es el creador de la unión entre ellos dos. Por lo tanto Adán no puede ver en Eva, más que un objeto, de amor si, pero que no le pertenece a él, sino a Jehova. "Eva, según Adán" le pertenece a Dios, ya que fué él quien se la entregó. No fue Adán quien la creó, ni siquiera quien la deseó, sino que Eva es creación y deseo de Jehová, así como la vida en común de ambos. A Adán no le queda más que aceptar los designios del Señor y aceptar a Eva como objeto de Amor, pero aceptar es un decir, ya que no la asume, sino que simplemente la toma.

Pero dejemos un momento a nuestro ancestro Adán y veamos todo esto desde el punto de vista de la primera mujer: La "desobediente" Eva. A ella le toca ser creada "a posteriori", tiempo después de la creación del hasta entonces solitario y soltero Adán. El fue creado a imagen y semejanza de su creador y a ella le corresponde ser extensión del primero y a partir de entonces la completud de éste, ella es dada, entregada, pasa de las manos de su creador a las de su compañero, a quien deberá amar y conocer, a instancias del creador. Y ella obedece, he ahí el problema, "al pie de la palabra" del Señor amará a aquél que fue creado a imagen y semejanza de Dios, a Adán, el hombre, la creación más perfecta de Jehová. Obedece decíamos al mandato divino de ese Otro -el tercero- quien a su vez es autor del acto de creación.

Ella tanto como Adán, pero desde diferentes lugares, puntos de vista, diferentes "Escopias", obedecen los deseos de su creador. diferente lugar decíamos ya que Adán debe amar a ese objeto de amor "otorgado" y ella debe devenir (es la razón de su creación) el

objeto de amor de éste; no hay dentro del mito ninguna otra razón para la existencia de Eva. La pareja se consume y obedece desde el mandato de "Creced y multiplicaros". Pero antes de pasar al segundo acto: "el de la desobediencia de Eva", recapitu-lemos un poco. Decimos que en el Mito Judeo-Cristiano del acto de la creación no hay dos sino tres personajes, que de entrada están en escena, Adán, Eva y su Creador, **Jahweh**. Que los deseos que se juegan NO son ni los del primer hombre, ni el de la primera mujer, sino lo que se juega son sus lugares objetivos con respecto del deseo de ese Otro: Dios. Que sus lugares no son iguales pero si complementarios: el debe amarla como objeto de completud y ella debe ser esa completud. Que hay una diferencia espacio-temporal en las creaciones de ambos, desigualdad que es definitiva en cuanto a sus lugares con respecto al Deseo del Creador. Que uno es imagen y semejanza del Señor y ella creación-pertenencia de Dios, cedida por éste a Adán para el Goce de ambos y del propio Dios. Que Adán ama a la mujer que es-fue del Otro y que ella cumple fielmente con el mandato supremo de amar a Adán, para eso está allí.

Ahora pues, es bien sabido que no les fue del todo bien, sino que por el contrario, este principio aparentemente paradisiáco terminó pronto y de nuevo por la intervención de un tercero, a saber: La serpiente. Valdría la pena señalar aquí que -como es evidente- Eva no tiene madre; ni Adán tampoco. O sea que este oscuro personaje representante del mal, bien puede estar ocupando el lugar de una "madre" primaria, destructiva, residuos de la caída del primer objeto (mítico) de "amor", de eso que en psicoanálisis conocemos como "narcisismo primario", madre fálica, que queda rezagada, destituida, "superada", después de las intervenciones de la Metáfora Paterna. Es decir, que este personaje conocido con nombres tales como Belcebu, Satán, etcétera, podemos decir que está en relación directa con la figura del Padre "burlado" como ya veremos más adelante. Pues bien, Eva se encuentra frente a frente con los poderes del mal, es tentada por la astuta serpiente que le promete "vida eterna", ser igual a Dios, saber sobre el bien y el mal y que sus ojos, los de ella y los de Adán, serán "abiertos" Eva ve que es "bueno" comer del árbol. Come de él y le da a comer a Adán; sus ojos se abrieron y "vieron" que estaban desnudos.

Es el momento del reconocimiento de su desnudez y también el mítico momento -y por lo tanto fundante- del reconocimiento y significación-renegación de la diferencia sexual que sus cuerpos les muestran. Claro está que vivirán esa "diferencia" desde los lugares de **Ish** y de **Ishshah**, lo cual nos habla no de una diferencia sexual anatómica, sino de dos sujetos colocados en diferente ángulos con respecto a esa diferencia. Eva hace lo que hace desde ese lugar; desde allí es que es susceptible de ser tentada por la Serpiente, que sabe que Adán por ser el primogénito y estar hecho a imagen y semejanza de Dios -por tener pene- O sea que es varón, difícilmente aceptaría ser seducido, pero Eva, ella sí, por Obediente por querer ser el Objeto de Adán, por querer ser merecedora de su amor, por querer ser como Dios, por querer Saber, en fin, en una sola frase: "Por querer ser-tener el falo". Por querer ser el objeto del deseo del Otro: de Adán-Dios. Por estar colocada dentro de la estructura de la Metáfora Paterna como el objeto de goce y creérselo, por quererlo ser, o sea por "obediente" es que "desobedece", "peca" e irremediamente hace pecar a Adán, que más que su cómplice es su inspiración; porque ella quiere saber, sabe qué quiere decir ser mujer, qué es ser objeto del otro, lo quiere saber para agradar más, para cumplir con el deseo del Otro es que quiere ser como Dios. Es un sujeto colocado en el lugar de objeto por su castidad fundante, por su segunda, por su dependencia, por su tardanza, de ahí su subjetiva curiosidad. Desobedecen se burlan de los mandatos del Señor, traicionan, engañan, pecan, sin saberlo, pero al hacerlo se dan cuenta de lo que "están" haciendo, ya que el árbol del saber les "abre los ojos". En esa transgresión se "asemejan" a Dios, en esa traición se acercan a ser como El. Su deseo se ve trágicamente atraído hacia el árbol del bien y del mal, cada vez que comen de él están traicionando, transgrediendo; lo viven de forma diferente: él está haciendo "algo" prohibido con "alguien" indebido -de ahí sus peculiares fantasmas- ya que ella le pertenece al Otro; del que se burlan, al que engañan y es bien sabido lo que le sucede a ese que descubre que ha sido engañado por un hombre y su mujer: le salen cuernos -se los ponen- se pone rojo de rabia y celos y "tiene cola que le pisen.

Y este Señor encolerizado dicta su veredicto: a él le condena a trabajar, a que todo, absolutamente todo le cueste, "lo pagarás con el

sudor de tu frente", y así hasta la fecha, todo, absolutamente todo se paga, aunque el sudor sea obviamente metáfora. Y a ella le dice: "Aumentaré tus dolores de parto" (los llevaré más allá del placer), "tu deseo será de tu marido", (desearás ser el objeto del deseo de él), "te doblegarás ante él"; ¡ah!, pero cómo exigirá ella, a él, que sea digno de ser su Señor, su Amo, su dueño, su amor, su dios, ella será inflexible, puesto que no tiene nada que perder, exigirá que él sea ¡Señor!, amo del deseo de ella y él se sentirá usurpador del lugar del Señor, del Amo, de Dios, se sentirá usurpador si siente que tiene ese lugar, se sentirá fracasado si es que no lo tiene, e indigno de él si se lo ofrece, ese lugar, el lugar del Señor de ella, de su padre, lugar que no es de él, sino del Otro. Llegó al destierro, el exilio, su andar siempre errante.

Pero pasemos ahora a otra famosa pareja de la historia, para ver cómo la hipótesis de que la mujer es siempre del Otro, y ver como se comporta allí. Es aproximadamente el año de 1500, en Venecia y ellos son Otelo y Desdémona; él es un soldado un generalísimo y de gran éxito -algo insoportable para muchos- y ella la única hija de un viudo Senador, servidor del Estado, llamado Brabancio. la admiración que siente Brabancio por las actividades de Otelo lo hacen convidarlo a su casa, lo hace su huésped, le admira. De todo eso que su padre dice sobre Otelo, hace que Desdémona se enamore apasionadamente de él, lo "propio" hace él de ella, lo que los lleva a fugarse de la casa del padre y casarse en secreto, por temor a que el padre de Desdémona no autorizase la boda, por ser él de origen Moro y de otra clase social, un gran soldado pero no un noble. Este a grandes rasgos es el panorama de la obra Shakespereana.

Pero la pregunta es: ¿qué es lo que transforma el gran amor entre Otelo y Desdémona en el trágico final por todos conocido? ¿qué es lo que convierte a Otelo en asesino de Desdémona y lo lleva hasta el suicidio? Para nosotros toda la obra gira alrededor de una frase; dicha en la última escena del primer acto, pronunciada por Brabancio y dirigida a Otelo, al descubrir la traición de la que ha sido víctima a mano de Otelo y de su propia hija. El, Brabancio al verse puesto en ridículo frente a todo el Senado y el gobierno en pleno y ver que Otelo ama a Desdémona y que ella ama a Otelo y ya no a él, o por lo menos lo prefiere sobre él; tan es así que lo deja, lo traiciona, lo engaña y se aleja de él, para casarse con Otelo. Brabancio no tiene más remedio que aceptar

la "traición-amor" de ellos, acepta el matrimonio, pero sentencia a Otelo delante de todos: "Vela por ella Moro -le dice. Si tienes ojos para ver. Ha engañado a su "Padre" y puede engañarte a ti también". De aquí en adelante el germen "crece y se multiplica" En realidad las calumnias de Tago -el gran envidioso-cornudo-judas de la obra- crecen y florecen en su campo previamente abonado y fertilizado por Brabancio el Padre de Desdémona, ¿la mujer de Otelo? ¿es en realidad Desdémona la mujer del Moro? pues no, ya que, él no puede superar el lugar de recibidor-ladrón-vigilante- guardián del objeto de su supuesto Amor: la bella y siempre fiel Desdémona. Otelo no es capaz de ir "más allá" de la sentencia de su suegro y ve -"abre los ojos"- infidelidades por parte de ella por todos lados y a todo momento.

Paranoico, perseguido por la "sombra" de su suegro quien "ha muerto" a causa del disgusto provocado por la "infidelidad-traición-desobediencia" de su hija. Vive una persecución que como dijimos, lo lleva inmediatamente a la muerte, al asesinato, al suicidio. Es como si Otelo dijese: "Es verdad, Desdémona ha traicionado a Brabancio y lo ha hecho conmigo, soy testigo y cómplice a la vez, así como culpa y causa de su infidelidad". Si le fue infiel a él, lo es conmigo y busca y encuentra un "chivo expiatorio", un sustituto, un pretexto "Cassio", el supuesto amante de Desdémona, cuando en realidad el verdadero amante, el causante de la infidelidad de ella, es Otelo mismo. Pero no solo se trata de la fundante rivalidad entre Brabancio y Otelo, también está la bella, ingenua, fiel y sumisa Desdémona; ella y su deseo "histórico-femenino", herencia de Eva. Ella que justifica -y habría que preguntarnos porqué tiene que justificarlo- su amor por el Moro, respondiendo a su padre y al Estado-Jurado en pleno, que ama a Otelo: de la misma manera -dice- en que su madre amó a su padre, con esa misma servidumbre, con esa fidelidad y entrega. Es decir que Desdémona tampoco supera el lugar de mujer-objeto, obedecedora de la ley del Padre (Otro), que la entrega al hijo y le dice: "lo servirás, lo honrarás y le serás fiel". Y ella obedece, lo hace, le es fiel, se hace su objeto y sólo eso. Ella tampoco va "más allá" de ese "funesto destino" y firma la sentencia de muerte de su "pareja" (en el momento mismo del contrato) cuando su intensión consciente (sus buenas intensiones) es aparentemente otra: la de la pareja ideal, feliz, la de la

completud, la del objeto alcanzado, la del uno para el otro, pues como hemos visto eso es imposible, ya que se encuentra la sentencia de Brabancio -El Padre-: "me ha engañado a mi, es necesario que te engañe a ti"; porque tu te colocas en mi lugar, serás un usurpador y ella tratará de complacerte, como si fueras yo y te empujará (y tu la jalarás) hacia la tragedia, la seguirás hasta el final. Ninguno de los dos como en el "caso" de Adán y Eva se percatan de la primera regla del juego, -incluso la fundamental del mismo- que ella, la mujer, le pertenecerá siempre a El, al Otro, al padre primordial. A ese padre primordial del que habla Freud -el padre del psicoanálisis- en su obra fundamental de la dimensión de lo social *Tótem y tabú*.

Pero antes de dejar a Shakespeare señalaremos otras parejas célebres de la obra del poeta: "Romeo y Julieta", "Marco Antonio y Cleopatra", "Hamlet y Ofelia", "los Macbeth", etcétera. Parejas en donde encontramos sistemáticamente esa sentencia: "La mujer es siempre del Otro", y en donde Shakespeare trabaja el drama de la pareja humana desde varios puntos de vista; varios lugares pero siempre con la imposibilidad de la consumación de la pareja objetiva. Romeo y Julieta para citar brevemente una de ellas. Ellos son la pareja extrema, que quiere olvidar o pasarse por alto ese mandato del Otro, y se creen que son el uno para el otro, y llevan su creencia-amor-transgresión hasta sus últimas consecuencias; porque "saben" que solo allí, en la muerte, allá donde no hay más leyes del parentesco, podrán ser uno solo. Sí, ya que la muerte no sólo borra toda diferencia sexual, sino también toda diferencia de parentesco. Podríamos presumir que en la muerte (más allá del principio del placer) no existe la ley de prohibición del incesto. Ley que sabemos fundante de lo psíquico como de lo social -que al fin y al cabo son la misma cosa- y por lo tanto de la "pareja", o sea, del lugar del varón y del lugar de la mujer en su interrelación (imposible). Ley ésta de la prohibición del incesto que en última instancia es la que trata de violar toda pareja, "negando" de varias formas que la mujer es del Otro, que le pertenece al padre primordial, ese al que hay que asesinar: (Mac-beth), para poder tener derecho al uso y al abuso de sus mujeres.

Pero no hay que perder de vista que es el propio varón el que le otorga la posición de todas las mujeres al Padre, ésto por su impotencia de ir más allá de su lugar de hijo, de relegado, de sometido al deseo del Otro, de no ser más que "imagen y semejanza" de su Padre, y de

que la mujer, "SU" mujer, (esa que el no desea, no conquista), es puesta allí -por el Otro- para vigilarlo, castigarlo, corregirlo, amarlo, serle fiel, en fin para ser su objeto. Y los dos se la creen, se la tragan toda; aunque en el fondo (inconscientemente) "lo saben", ya que no pueden no saberlo, ya que es parte de ellos, o ellos son parte de ello, de esa estructura de esa ley, de esa metodología, de ese mandato, de ese Otro. Es imposible matar al padre, ya que éste ya está muerto y lo está desde siempre -dice Lacan- de ahí que la tragedia de los Mac-Beth: ella cree que animándolo a él a asesinar al Rey-Padre logrará que su esposo llegue a ocupar el lugar del rey. Y él lo cree -o quiere creerlo- cree que asesinando al Rey Duncan podrá ser digno del lugar de Señor, de Amo y de consorte de Lady Mac-Beth, pero no, "la muerte no acaba nada", sino que repite. Ellos si asesinan-violan pero no reconocen la imposibilidad, de sus lugares, de sus lugares de hijos, de esposos y de padres, -ellos son estériles- son estériles con sus intentos de ir más allá de tan solo ser los objetos del Otro, y viceversa. Imposible decimos ya que querer ser el objeto del Otro lleva necesariamente a la muerte, a la muerte del sujeto, a la muerte del deseo. "¿Qué has hecho de tu deseo? nos interpela Lacan; y nosotros podemos agregar; no al sujeto, sino a la cultura -a esa suma de todos los sujetos, más algo mas- ¿Qué hemos hecho de la mujer?; porque si la mujer es del Otro, es entonces de la cultura y ¿qué hemos hecho de ella? ¿qué hacemos con ella? Todos tanto hombres como mujeres, parejas y "disparejas", presentes y pasados y futuros. Pueblo y gobernantes di, ¿qué hemos hecho de la mujer? Porque bien podríamos arreglar el refrán y decir: "Dime cómo haces (que lugar le das) a tu mujer y te diré quien eres". o bien: "Los pueblos tienen las mujeres que se merecen".

Pero volvamos a la pareja, vamos de nuevo al pasado, hace unos 2500 años y veamos a otra inolvidable pareja: Edipo y Yocasta. Podríamos hablar horas y horas de los motivos de Yocasta, pero centrémonos en su vida de pareja con Edipo. Sabemos que Edipo llega a Tebas después de matar (inconscientemente) a su "Padre", dentro de la escena al Rey y de hecho a Layo. Y su llegada precedida de la derrota de la esfinge le procura el reino de Tebas, deviene rey y con ello consorte de la reina Yocasta, ahora su esposa, su pareja.

Pero la felicidad como hemos visto, le dura poco, las pestes, la ira, les acometen y su lugar de rey se ve cuestionado por el pueblo, por el gobierno, ese mismo que se lo ha conferido, que se lo ha

otorgado conjuntamente con la mano de Yocasta, la desde siempre su madre. Sí, fue el pueblo, sus leyes, las de Tebas, las que le han otorgado el mando a Edipo y serán ellas mismas las que lo interroguen, lo empujen a "saber" la verdad. Una verdad que ya se sabe; pero que Tiresias se niega a revalar: "por el bien de todos", "por el bien de todos no busques esa verdad que ya conoces", dice Tiresias. Porque el "sujeto sabe, pero no sabe que sabe". Edipo insiste en "saber, en "abrir los ojos"; terminará sacándoselos. Y descubrirá que esa su reina, su amor, la que le ha dado cuatro hijos, hermanos, medios hermanos, ella, no es de él, sino que fue, es de su padre, el Señor de Tebas, al que el asesinó, (en defensa propia) del que es usurpador.

Yocasta se suicida (Lady-Mac-Beth), al darse cuenta de la verdad, que ella no es de Edipo, que es del Padre de Edipo, quien a pesar de estar muerto está presente (otra vez Hamlet y Ofelia, quien también se suicida) y que el desenlace de la tragedia está en función directa de la Omnipresencia de Layo. El Rey-Padre-El Otro- El fantasma, al que se ha traicionado y al que Yocasta le es infiel en su fidelidad a Edipo, al hijo de ambos. Otra vez la pareja es sólo ficción, -es mito- es imposible su amor: el de ser el uno del otro, a pesar de su felicidad, de su buen juicio, de su buen gobierno y de sus cuatro hijos. Desdichados hijos: Antígona, Polinice, Ismene, Eteocles, pagarán y repetirán las "culpas" las "ignorancias" de sus padres -recuerden a Caín y Abel.

Su supuesto no saber, pagarán por eso que sus padres-hermanos-abuelos pretendieron no saber, ignorar: La ley de la prohibición del incesto, ley imposible de obedecer, ya que obedeciéndola es que se viola, como les sucedió a esos dos grandes amantes que fueron Edipo y Yocasta; se creyeron el uno del otro, se creyeron pareja y pagaron, pagaron su obediencia a las leyes del padre, al oráculo. Pretendieron hacer lo imposible de hacer, hacer pareja, ser pareja, ser completud, ser el objeto de amor del otro.

Pero dejemos el pasado y a las parejas célebres y acerquémonos al presente y a la pareja común y corriente, a la pareja actual. Hoy en día en nuestros países la pareja se encuentra regulada por leyes civiles y religiosas que de alguna manera reproducen esos lugares del hombre como el objeto amado por la mujer y de la mujer como objeto de amor del hombre. Aquí en el México de hoy, el contrato matrimonial, que como decíamos al principio: eso es lo que es un contrato y está revestido de una cierta ideología, de un tinte, un disfraz,

que se puede "ver" en esa "cartilla epistolar" que el juez lee en el momento mismo en que se consuma el acto del matrimonio -es la Epístola de Melchor Ocampo. Prácticamente a todos nosotros nos han leído esa cartilla-epístola, o nos la leerán, pero casi nadie la conoce o recuerda en su contenido; lo que se nos dice-dicta en ella.

Comienza diciéndonos que el matrimonio es la única forma moral de establecer la unión entre el hombre y la mujer, así como de fundar la familia. Que los casados deben ser sagrados el uno para el otro, más de lo que son para sí. Que el varón dará a la mujer: protección, alimento y dirección, que debe tratarla con benevolencia, ya que ella se ha entregado a él y la sociedad se la ha confiado. Ella dará al varón: obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, "lo aconsejará", la serpiente y Eva, deberá de venerarlo para no provocar su "ira". Que los dos procurarán dar al otro lo que éste esperaba de uno antes de la "Unión". Que deben tener una "buena unión", para que sea ejemplo para sus hijos -y éstos puedan repetirla- que la conducta futura de sus hijos será su "Premio o Castigo". Que la sociedad "bendice" a la buenas parejas y desprecia a las malas y les da los hijos que se merecen, -recuérdese los cuatro hijos de Edipo y los de Adán y sus correspondientes destinos. Que cuando la sociedad -El Otro- ve que tal pareja no ha sido digna, ella -la sociedad- se duele de haber consagrado con su autoridad la "unión" de un hombre y de una mujer: "que no han sabido -abrir los ojos- ser libres y dirigirse por sí mismos hacia el bien".

La epístola habla por sí sola, revela en sí misma toda la idealización que se tiene de la pareja, del matrimonio y de la supuestamente posible unión entre dos seres humanos. Basándose siempre en dos lugares de objetos complementarios: "el uno para el otro". Recordemos que Melchor Ocampo es uno de los grandes "liberales" de la época de la Reforma en México, fue un hombre inmensamente culto, un enciclopedista, lo que llamamos un hombre ilustre, pero como vemos no por eso escapa a la tiranía de las leyes del Otro.

Decimos que el Otro es tirano, sádico, cruel; pero lo decimos desde los resultados de su regir; en realidad el Otro, el dueño de la mujer, de las mujeres, no es sádico ni cruel como lo vivimos desde nuestros lugares de objetos-sujetos, marcados-tachados por su ley; en realidad él tan sólo es inflexible, repetitivo, casi inombrable, está más allá del principio del placer, está en la pulsión de muerte, en la terquedad, en la ceguera, tanto del hombre como de la mujer, de que

la mujer no sólo "puede" ser Objeto sino que también puede devenir Sujeto; que de hecho es un sujeto deseante y que ese su deseo puede ser que llegue más allá de querer ser tan sólo el objeto del varón, de ese deseo "objetivo", mortífero para ella, para él y para la pareja. Ese es de hecho el desafío: ir más allá de ser simplemente un objeto.

Pasemos ahora a las conclusiones de este breve y panorámico trabajo, haciéndonos acompañar por otro poeta británico aunque más actual: D. H. Laurence. De entrada nos dice en su ensayo "Haciendo el amor con música", escrito en la tercera década de este siglo XX, que tanto hombre como mujer son dos sujetos incompletos, que buscan completarse el uno al otro, pero en franca y abierta competencia, rivalidad, no en cooperación igualitaria, sino en encarnizada lucha. Nos habla también de la relación existente entre ese comportamiento enajenante -tanto de la mujer como del hombre y la sociedad circundante. Habla del reconocimiento mutuo; de que el varón reconozca el lugar de la mujer y la mujer lo haga con el del varón. Nos habla de cambios de propuestas, señala engaños, propone alternativas. Habla de un constante fluir del hombre en la mujer y de la mujer en el hombre, de que sin este "fluir" habría y hay de hecho una detención que puede llevarnos -como hemos visto- a consecuencias fatales, -como en la literatura- y a resultados incluso más funestos en la vida cotidiana; a un enterramiento vivo del hombre en su "virilidad" y a una locura errante, virulenta de la mujer en su "feminidad-maternidad". Sí, nos propone cambios: que nos abramos al compañero, que nos entreguemos a él o a ella según sea el caso, en forma total, con respeto en igualdad de lugares, dice que veámos que no somos nada el uno sin el otro, (de nuevo el ideal) en una palabra: que "Hagamos el amor con música". Es tan atractiva la propuesta que nos plegamos a ella de inmediato, sin embargo hay algo que habría que añadir: que no hay que olvidar-negar, que también está El, que existe, el tercero, el Señor, el Otro. Que siempre está insistiendo tercamente, que es prácticamente omnipotente, que tiende a repetirse hasta el cansancio, la saciedad, hasta la muerte. Por lo tanto no debemos proponer cambios, de adoptar posturas, de exigir resultados a la burocracia matrimonial sin tener en cuenta la existencia del Otro y de las exigencias de él en nuestros respectivos lugares: el del hombre y el de la mujer respectivamente. Ya que son dos lugares posibles a poder ocupar por los sujetos, por los seres humanos, por nosotros los entes deseantes -el *homo*

*deseantis*. Este es el reto y la exigencia del deseo de Saber, de saber sobre El, de saber sobre nosotros, de los mitos creados y recreados alrededor de nuestra sexualidad y de nuestro lugar en el devenir del deseo.

Saber del mito de la mujer, del sometimiento de las mujeres a través de esos lugares de: madres, hijas, esposas, amantes, mujeres, etcétera. Saber que el hombre se encierra, se ensobervia, se pudre, se seca, enloquece -Otelo- cuando se "olvida" de ella, ella: ese otro lugar y pretende estar tan solo él, y sí, así se queda: Solo, muy solo.

Hay que saberlo, hay que reconocerlo, hay que asumir a la mujer, tanto varones como mujeres. Hay que asumirla como "algo" nuestro, algo creado y recreado por nosotros; por la cultura, por el Otro, eso que él es en primera y última instancia: La cultura, lo mortífero que tiene la cultura, eso que nos produce "malestar".

¿Qué hemos hecho de la mujer decíamos y qué hemos hecho por lo tanto de la pareja? hay que asumir para poder reconstruir, asumir que la pareja es imposible, por ser la mujer del Otro. Pero ya con este reconocimiento de la escena, a la acción hace a la mujer nuestra, a verla con un lugar posible -susceptible- de construir-reconstruir en el deseo de los sujetos, sean estos hembras o machos en su anatomía, porque eso no dice nada, no habla del deseo propio del sujeto, sino que la significación de esa diferencia anatómica de lo que habla, lo que encarna es el deseo del Otro, y de lo que se trata es de desenmascararlo a El, de señalarlo, de reconocerlo, de asumirlo. Freud habla de reconocimiento de la castración, hoy hablamos de atravezamiento del fantasma, incluyamos -de hecho está implícito- el reconocimiento de la feminidad como algo propio -hasta central es- del sujeto deseante.

Que la mujer no es objeto, que aunque lo pueda "representar", también puede, podemos ir más allá de él. Que eso es lo que nos mueve, no a los hombres solamente, ni a los niños, sino a todos: a hombres, a mujeres, a niños, a ancianos, independientemente de su clase social, raza, religión, ideología, inclinación sexual o lo que fuere; ya que ese lugar imposible de lograr en forma total y acabada: a saber el de la mujer es lo que mueve a la cultura en general; ya que todos lo llevamos en el núcleo de nuestro ser, de nuestra falta en ser, como ese objeto de Amor perdido, antes (e irremediablemente) del principio de los tiempos y los espacios. Mientras no lo reconozcamos crearemos que la pareja, la familia, el Estado, etcé-

## TRAMAS

---

tera, son posibles y que si fracasamos en esas instituciones es porque "no pudimos", o no fuimos lo suficientemente buenos o que son otros los que nos lo están impidiendo o que el Otro así lo quiere.

Cuando lo reconozcamos veremos lo imposible de otras instituciones, sólo así empezaremos a reconstruir y a construir nuestro deseo, dejaremos de lado -asumiremos- ese sentimiento mortífero de lo femenino y podremos contemplar- gozar de otra forma, lo que de femenino, lo que de mujer hay y ha habido siempre en nuestro deseo. Hagamos nuestra a la mujer, aunque sepamos que de hecho no existe, así es mejor.